

Tribuna Abierta



Cerambyx velutinus Brullé y
melojares guadarrámicos:
¿armoniosa convivencia o
plaga forestal?

En mis años de afición por los escarabajos, he dedicado buena parte del tiempo disponible para esta afición al estudio de la fauna de escarabajos xilófagos del melojar de La Herrería. Esto ha sido así en parte por el gran atractivo que ejercen sobre mí los melojares guadarrámicos, y en parte por el hecho de que ese robledal me es particularmente querido. Modesto fruto de esas horas de asueto-trabajo han sido los catálogos comentados de cerambícidos y bupréstidos que el *Boletín de la SEA* ha tenido la benevolencia de acoger en sus páginas.

El bosque de La Herrería es, como tantos otros en Madrid, un espacio natural rodeado por la civilización urbana y, por ende, muy vulnerable. De hecho, y aunque las políticas urbanísticas de los ayuntamientos de El Escorial y San Lorenzo no son, ni de lejos, de las peores en la Sierra, quien conoce bien el bosque sabe que la salud de La Herrería se deteriora poco a poco. Y uno de los hechos que más llama la atención es lo frecuente que resulta ver robles colonizados por *Cerambyx velutinus* Brullé y comprobar como, tras una semana ventosa de otoño, algunas zonas del bosque se cubren de robles hasta entonces vivos, pero quebrados ahora por el viento a poco más de un metro del suelo (ver fotografía). El examen de la sección delata enseguida a este cerambícido como el responsable de tan triste imagen. Buena parte de La Herrería -y de muchos otros melojares madrileños- acoge grupos de ganado vacuno que pastan en sus praderas y que

consumen con fruición los renuevos de los robles, impidiendo totalmente la renovación del bosque. En La Herrería, sólo algunas áreas se han protegido de este efecto mediante la instalación de unas alambradas que impiden el acceso al ganado.

Ante esta situación, pronto empecé a preguntarme hasta qué punto los *Cerambyx* podían suponer, a medio o largo plazo, una amenaza para la supervivencia del bosque. Como es lógico, he echado mano de la bibliografía más habitual sobre cerambícidos europeos, buscando las opiniones de los expertos; pero, no sin cierta sorpresa, me he topado tan sólo con un raquítico repertorio de vaguedades. En general, se dice que los *Cerambyx* atacan básicamente robles enfermos, pero nunca he visto datos cuantitativos ni referencias a ellos, ni he leído opiniones claras sobre su posible carácter de plagas forestales. Es probable que la cuestión dependa de factores adicionales que condicionen la salud de los robles o influyan sobre el control de las poblaciones de estos cerambícidos, pero tampoco he sido capaz de encontrar ninguna observación o dato experimental que ayudara a enfocar estas generales y difusas cuestiones. La pregunta queda, por el momento y para mí, sin respuesta clara.

En consecuencia, decidí que podía ser interesante diseñar un estudio longitudinal que permitiera conocer como progresa en el tiempo la invasión en los robles colonizados, estimar el tiempo necesario para que se produzcan daños suficientes como para determinar su muerte y, quizás, aproximarse al ritmo con el que se extiende la colonización a los robles aún indemnes. El proyecto supondrá el marcaje de un número razonable de robles seleccionados y su seguimiento durante un periodo mínimo de diez años, lo que no dejará de exigir bastante constancia y algún esfuerzo. Estando ya listo para solicitar el necesario permiso a las autoridades competentes para iniciar el estudio, lo cierto es que, siendo un simple aficionado muy consciente de sus limitaciones, no me gustaría embarcarme en el descubrimiento del Mediterráneo y es por ello que traigo este tema a la Tribuna Abierta del Boletín, buscando las opiniones y la ayuda de los lectores. Algunos colegas y buenos amigos de Madrid han podido constatar claramente como una colonia de *Cerambyx velutinus* hizo desaparecer un buen número de pies de roble europeo centenarios plantados en la Casa de Campo, lo que vendría a señalar a esta especie como una potencial plaga forestal. Sin embargo, aquél contexto era muy distinto del que se da en un bosque natural de melojos como La Herrería, tanto por la propia dinámica de la población de robles como por ciertos condicionantes del entorno (el clima, la disponibilidad de agua en el subsuelo, la cantidad y especies de depredadores insectívoros, etc) que, quizás, puedan ser decisivos.

En resumen: ¿se conocen datos que aclaren si las especies del género *Cerambyx* que colonizan robles constituyen o pueden llegar a constituir plagas forestales?. Si fuera así, ¿se conocen medidas eficaces para su control?. Agradeceré mucho vuestros datos, opiniones y comentarios.

JOSE MANUEL ECHEVARRÍA
c/ Santiago Rodríguez Conde, 28
28430 Alpedrete (MADRID)

Estética sin Ética

Antonio MELIC
S.E.A.

Gordon Orians, un zoólogo de la universidad de Washington, puede ayudar a comprender la patética ingenuidad de la mayor parte de las medidas proteccionistas puestas en práctica por la clase política en materia medioambiental. Básicamente, todo se resume en un problema de jerarquía de criterios de selección unido a una preocupante falta de conocimientos técnicos. En otros términos: las decisiones en este terreno son adoptadas en base a simple intuición o preferencia personal en lugar de utilizar, como parece recomendable, información objetiva.

Orians, un precursor de la Biofilia que luego haría famosa E. O. Willson, describió el 'hábitat ideal' que la mayoría de las personas prefieren para vivir si pudieran elegir libremente. Casi todos, según su estudio, elegirían una casa situada en una prominencia, cerca de una masa de agua, rodeada de terreno semejante a un parque despejado compuesto de árboles con copas anchas y numerosas ramas saliendo del tronco a baja altura, etc. Un hábitat que se asemeja bastante al de la sabana africana, donde la humanidad evolucionó durante sus primeros millones de años y donde se cree que las primitivas sociedades se sentían más seguras: en terreno abierto, donde podía vislumbrar a los posibles enemigos o depredadores, o en lugares elevados, con árboles en los que esconderse en caso necesario...

En otras palabras, las especies, incluida la humana, poseen una capacidad innata de selección de hábitats de la que depende su supervivencia. Tal vez ello explique por qué los áticos son los apartamentos más caros del edificio, por qué las urbanizaciones ajardinadas están tan de moda, por qué el terreno situado sobre una colina es más caro que el situado en la vaguada, etc.

Aunque los tiempos han cambiado y de los depredadores y peligros ya no podemos huir subiéndonos a los árboles, resulta razonable y hasta conveniente (pues no sabemos lo que el futuro reserva a nuestra especie) seguir manteniendo esas capacidades que hoy bien pueden ser consideradas en las sociedades modernas, simple 'estética', algo muy similar a la 'preferencia irreflexiva'.

Decide la 'zona primitiva' de nuestro cerebro y no hay por qué darle más vueltas.

Pero lo que resulta asunto baladí en materia de estética no puede ser aceptado como criterio válido en decisiones de orden político, especialmente en materia tan delicada como la conservación de hábitats y especies. No es de recibo que sea la parte más oscura, profunda y primitiva del cerebro de la clase política local la que seleccione, valore, decida y asigne recursos con absoluto desprecio de razones técnicas y científicas, por no hablar de simple incoherencia con los criterios y principios que definen la estrategia mundial de conservación.

Nada impide que, por ejemplo, un taxónomo clasifique a los organismos vivientes en base a su color. Sin embargo, es bastante probable que los restantes sistemáticos no prestaran ninguna atención a la propuesta (además de considerar al autor un perfecto imbécil). Con el taxónomo no habría problema alguno. Es suficiente con no hacerle caso. Ahora bien, la decisión adoptada por un político afecta de forma directa a toda la sociedad. Si el asunto tiene relación con la protección medioambiental, se está comprometiendo, además, el bienestar de las futuras generaciones. Demasiado compromiso como para ser resuelto en base a lo que habrían elegido los ancestros más remotos (y próximos a géneros zoológicos arborícolas) del político de turno.

Ilustrémoslo con un ejemplo cercano, actual y dramático.

El Gobierno de Aragón ha enviado al Ministerio de Medio Ambiente la propuesta de Lugares de Interés Comunitario de nuestra Comunidad Autónoma para integrar la futura Red Natura-2000 a que obliga la Directiva Hábitats. En dicha lista no aparecen Los Monegros.

Los Monegros, para los que no estén al tanto, constituyen un ecosistema estepario, maduro, singular, excepcional desde muchos puntos de vista, único en Europa y de extraordinario valor científico. A pesar de ello, Los Monegros no requieren ni merecen, según el criterio de nuestros políticos, ningún tipo de medida de protección. ¿Por qué? Sólo se me ocurre una respuesta: Los Monegros son una estepa poco atractiva desde el punto de vista estético.

La bibliografía moderna (especialmente de los últimos 5 años) incluye

un extenso listado de trabajos, comunicaciones y libros en los que se destaca la importancia de este 'feo' ecosistema. Pero mucho me temo que la clase política lee pocos libros. Así que voy a intentar resumir tres o cuatro aspectos importantes a propósito de este tema:

1) El Listado de los organismos presentes en unas pocas hectáreas de Los Monegros (concretamente en La Retuerta de Pina), supera a la fecha la cifra de 4000 especies. Este listado es todavía provisional o muy limitado en varios grupos que se encuentran en estudio.

2) La prospección y estudios consecuentes llevados a cabo en los últimos años ha dado como resultado la descripción, hasta la fecha, de 150 nuevas especies para la ciencia. Ningún otro punto de la Vieja Europa ha presentado semejante nivel de novedades taxonómicas.

3) Según los datos disponibles, existe un nivel de endemismo muy elevado a consecuencia de las especiales características del medio, aislamiento respecto a otros hábitats similares y de su peculiaridad.

4) El estudio de la fauna monegrina está dando lugar al descubrimiento de insospechadas relaciones de carácter ecológico entre especies, comportamientos y adaptaciones únicos y la existencia desde el punto de vista biogeográfico, de relaciones singulares entre una parte significativa de su fauna y la presente en el Mediterráneo Oriental y en las estepas del Asia central (es decir, distribuciones disjuntas de extraordinario interés zoogeográfico).

Y 5) Para no extenderme en exceso, existe un motivo de tipo 'metodológico' de gran transcendencia científica. Son frecuentes los estudios, informaciones y trabajos a propósito de la Biodiversidad, especialmente en cuanto se refiere a la presente en los Trópicos. Sin embargo, un somero análisis de la enorme información existente demuestra que en general se trabaja más sobre simples hipótesis y modelos que sobre realidades. La razón es simple: apenas existe un solo punto del globo terráqueo en el que efectivamente sea conocida con detalle su diversidad biológica. Son demasiados los trabajos en los que una o varias lumberras se pasean unos meses por Bolivia o Brasil para confirmar que la selva está 'llena de bichos', de los que, además de algunas fórmulas, sólo puede decir que 'son unos 5000' y todos 'gen. sp.'. Los Monegros, por contra, se ha convertido en un auténtico modelo a seguir y en el único proyecto que realmente dispone de información meticulosa, elaborada y sistematizada

de todos los grupos biológicos. Desde este punto de vista, lo llevado a cabo en Los Monegros, es una experiencia pionera de trascendencia mundial. Los científicos (y son decenas los que han estudiado su flora y fauna) deberían intentar salvaguardar, incluso por sano egoísmo, esta valiosa fuente de información biológica.

Para terminar: el Gobierno aragonés ha incluido (¡cómo no!) entre los LIC el Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido en el Pirineo oscense. Soy partidario de su inclusión, por supuesto, pero no puedo evitar hacer una reflexión muy simple, por dura que suene: Los Monegros incluyen mayor número de organismos que los conocidos de Ordesa-Monte Perdido, mayor número de endemismos, mayor número de especies de especial interés biogeográfico, es la localidad típica (y de momento única) de un mayor número de especies, presenta muchas más especies con interés desde el punto de vista ecológico (por la novedad y singularidad de sus relaciones o adaptaciones)... en suma, mayor diversidad biológica y mayor endemismo de su fauna y flora, junto al hecho de tratarse de un ecosistema único frente a otro que carece, objetivamente, de valores ecológicos únicos (me atrevería a afirmar que la mayor parte de la flora y fauna de Ordesa-Monte Perdido está presente en enclaves de otros puntos de las dos vertientes de la cadena pirenaica).

Eso sí, Ordesa-Monte Perdido (del que insisto en que debe ser incluido como LIC), está alto, es verde, es 'bonito'. A diferencia de Los Monegros, es un lugar perfecto para ir de vacaciones. O la primacía de la Estética sobre la Ética, del Instinto sobre la Inteligencia, de la Animalidad sobre la Razón. ¿Por qué me viene a la memoria la película 'Retorno al Planeta de los Simios' cada vez que leo el BOE?

PD.- Como ya anunciamos previamente, la SEA pone a disposición de todos los interesados la información recopilada por Javier BLASCO-ZUMETA sobre Los Monegros: Listado de especies descritas de Los Monegros y en trámite de descripción, Listado de especies endémicas, Listado de especies de distribución disjunta monegrino-iranoturániana, Listado bibliográfico sobre la biocenosis de las estepas de yeso del valle medio del Ebro, entre otras.



Algunas matizaciones a las 'Matizaciones de un ecologista' (Tribuna Abierta, Bol.SEA, nº 21)

José Manuel ECHEVARRÍA
c/ Santiago Rodríguez Conde, 28. 28430 Alpedrete (MADRID)

Pienso que algunos de los temas planteados por A. Melic en su artículo de la sección Genera Insectorum del número 19 del Boletín y algunas de las matizaciones realizadas por César M Alvarez Laó en la Tribuna Abierta del número 21 tocan cuestiones de fondo que son importantes y que merecerían algunos comentarios más. Comentarios, por lo demás, bastante desapasionados (para quien quiera creerme), ya que no creo que vayan a tener influencia alguna sobre quienes podrían decidir en las cuestiones a las que me refiero.

Aún coincidiendo con César en que el tono irónico utilizado por nuestro Secretario fue poco positivo, lo cierto es que suscribo al cien por cien el fondo de sus argumentos y la intención de sus palabras. Así, me parece grave que alumnos de un curso avanzado de una Facultad de Biología (y por lo que dice César en su matización nº1, no son los únicos) necesiten una explicación detallada del objeto de una práctica de campo sobre recolección e identificación de artrópodos y que, de no recibirla a satisfacción, lo único que se les ocurra es que sus profesores los obligan a realizar una masacre inútil y, quizás, delictiva. Yo, que soy Licenciado en Químicas, me dedico a la Virología y jamás he recibido ninguna enseñanza oficial en Zoología, puedo percibir sin ninguna dificultad el objeto de la práctica. Y por lo que deduzco de sus palabras, parece que César, a la postre, también pudo. En cuanto a la calidad de la enseñanza que esos alumnos reciben en Granada, ¡libreme Dios de emitir juicio alguno!

Mucho más grave, triste y desalentadora se me antoja la alusión de estos estudiantes a los "desfasados entomólogos clásicos que llevaron con sus redes a la exterminación de algunas especies". Primero, porque la frase es sintácticamente incorrecta, lo que ya es malo (me disculpo por la ironía, pero es cierto). Segundo, porque hacen con ella afirmación categórica de hechos no probados (y, además, rigurosamente imposibles), lo que supone un vicio que descalifica a cualquiera para dedicarse a la Ciencia. Tercero, porque es sintoma inequívoco de que jamás leyeron a Fa-

bre ni a ningún otro de los "desfasados entomólogos clásicos" que, además de sentar las bases del conocimiento de los artrópodos, destilaron en sus obras un amor por la vida rayano en la poesía. No seré yo quien califique esto de "verborrea floja de niños pijos", pero sí diré que indica que los firmantes del escrito demuestran una inmadurez impropia de personas en puertas de licenciarse en Biología y sugiere que, como mínimo, son altamente susceptibles a ciertas malas influencias externas. Y esto nos lleva directamente al tema de la tercera matización de nuestro compañero asturiano.

Las voces "ecologismo" y "ecologista" son galicismos que podrían resultar apropiados para referirse a un colectivo pictórico o a un movimiento político y a sus seguidores, pero que carecen de sentido alguno en un contexto científico. Mucho se ha escrito ya sobre esto y por personas mucho más autorizadas que yo en la materia, pero lo traigo a colación porque esa clase de denominación no es casual. De hecho, el ecologismo es, en su origen y en su desarrollo, un movimiento político. Habrá quien argumente que esto no es así, que el ecologismo es una forma de pensamiento que arraiga en el tejido de la sociedad y se manifiesta como un movimiento social, al margen de la política. Pero resulta que un movimiento político es exactamente eso y que se consagra como tal cuando entra en las redes y las instituciones propias de la actividad política. Y el ecologismo lo ha hecho ya hace tiempo, por lo que cabe considerarlo como un movimiento político consagrado. Yo no soy de los que desprecian la política por definición (aunque cada día soy más escéptico) y, por tanto, no pretendo utilizar este concepto para descalificar, sin más, al ecologismo o a los ecologistas. Simplemente, quiero resaltar que los objetivos, las formas y los modos de organización y expresión de un movimiento político difieren claramente de los de un colectivo que persigue fines científicos y que no cabe admitir que unos se pretendan hacer pasar por otros. Y esto es muy importante a la hora de considerar los mensajes que unos y otros envían a la sociedad y la

sustancia que sostiene esos mensajes. Quienes desarrollamos como profesionales una actividad científica desde el mismo corazón de la Administración tenemos muy clara esta cuestión.

El problema con el ecologismo es que su táctica ha sido funcionar como un movimiento político que se presenta a la sociedad vestido (no digo disfrazado) con las ropas de un movimiento científico. Sin embargo, sus dirigentes no son científicos que hayan llegado a esa posición pasando por la dura criba a que la Ciencia somete, sino personas con una mayor o menor cultura científica que alcanzaron el liderazgo según los valores y procedimientos de la Política. Y sus mensajes no están sustentados en la sólida sustancia de la Ciencia, en la que cada afirmación ha de demostrarse con datos y cocerse en el duro horno de la crítica, sino en la deletérea y, con frecuencia, demagógica materia con la que se fabrican las manifestaciones políticas. En esta fiesta de la confusión, muchos toman los mensajes políticos del ecologismo como verdades científicas formuladas por colectivos científicos, siendo, en ocasiones, víctimas de engaño. Creo sinceramente que nuestros estudiantes de Granada son, como mínimo y seguro que en su inmensa mayoría, ejemplos de lo anterior.

Así pues, he de decirle a César que el ecologismo es responsable principal de muchas de las tropelías legislativas de las que tanto hablamos en el Boletín; y también de que la gente (incluidos muchos alumnos que cursan estudios avanzados en facultades de Ciencias) aplauda e, incluso, invoque esas tropelías, convencidos de que son instrumentos imprescindibles para salvar el Planeta. Realmente, que esos muchachos se pregunten en serio si sus profesores han obtenido de la Administración el preceptivo permiso para recolectar en una práctica de campo la ridícula cifra (este tema no merece ni discutirse) de artrópodos a la que hacen referencia es algo que pone los pelos de punta y, necesariamente, produce crispación y desasosiego. La absurda legislación sobre protección de insectos que rige en nuestro país se ha malparado bajo la presión de los movimientos ecologistas, en base a informes poco o nada contrastados emanados de grupos ecologistas y con el asesoramiento de dirigentes del ecologismo. No voy a negar que la "ciencia oficial", muchas veces sujeta a intereses mezquinos y de poca talla, haya echado algunas astillas al fuego y trate de aprovecharse de la situación cuando le conviene, pero el grueso de la hoguera no viene de ahí. Es mucha la falsedad y la hipocresía que el ecologismo ha puesto en el tema de la

recolección de insectos y mucho el daño que ha hecho con ello; tanto es así, que lo estimo irreparable. Argumentar que las especies de insectos pueden extinguirse por simple recolección de ejemplares es una sandez que sólo puede tomarse como abiertamente mentirosa, pero que cala muy fácilmente en una opinión pública preocupada por los problemas medioambientales y que no sabe nada sobre los insectos. Así, se convierte en un excelente y baratísimo argumento demagógico, de esos que se le venden estupendamente a la Administración para que impulse medidas espectaculares y carentes de gasto alguno. Por otro lado, argumentar con reflexiones morales sobre el valor intrínseco de la vida de los insectos entra en franca contradicción con nuestros actos diarios (los de todos nosotros), como consumir frutas y verduras cultivadas bajo la protección de los plaguicidas, usar diariamente productos para erradicar las cucarachas, los mosquitos y las moscas de nuestro hogar (el espacio físico que nos pertenece en exclusiva), tratar con todas nuestras fuerzas (y sin conseguirlo) de exterminar a la procesionaria del pino para poder seguir disfrutando de nuestros pinares o espachurrar decenas de insectos sobre el parabrisas de nuestro coche tan sólo para poder ir a pasar el fin de semana a Cuenca. O se hace uno monje budista y se retira a Lasha a morir de inanición, o se esfuerza uno en situar el argumento en su justo término.

Todo lo anterior no significa en modo alguno un intento de descalificar o demonizar a los ecologistas, aunque sí debe tomarse como una llamada de atención sobre los riesgos que lleva parejos el ecologismo como fuerza social. En el tema de la recolección de insectos, o los ecologistas se han equivocado o el ecologismo ha manipulado vergonzosamente sus buenas intenciones. Estoy totalmente seguro de que dentro del movimiento ecologista hay muchas personas excelentes y perfectamente capaces de enfocar estas cuestiones desde una óptica sujeta a menos aberraciones (me refiero a las ópticas). Sería bueno que reflexionaran sobre ello, ya que sólo tomando conciencia de los errores puede mirarse al futuro con ilusión y confianza para ser, realmente, útiles a la sociedad.

Por último, no me gustaría terminar esta "asomada" a la Tribuna Abierta del Boletín sin referirme a otro "ismo" bajo el que también acostumbra a cobijarse esta castigadora normativa legal. Me refiero al que aboga por la Conservación y se suele conocer como Conservacionismo (la voz conservadurismo ya tenía "copirraigt"). Aunque comprendo los fines de la denominación, en mi

mente está muy claro que la naturaleza es cualquier cosa menos conservadora. De hecho, lo único que la Vida se esfuerza en conservar contra viento y marea y que, probablemente, sólo perderá al desaparecer es el ancestral y fascinante diseño de los ácidos nucleicos. Tras la formulación de la hipótesis sobre el origen evolutivo de la vida por el ruso Oparin, queda muy claro para quien se moleste un poco en reflexionar que sólo ese diseño es importante y que todas las especies de seres vivos que han existido, existen y existirán son meras envolturas de ese bello diseño, formas efímeras ideadas para envolverlo y garantizar su continuidad. En la evolución darwiniana lo importante son los genes; y, por ende, lo son también las especies, que representan sabias combinaciones de esos genes, capaces de competir con otras no menos sabias. En la evolución molecular de Oparin, los genes y las especies son meros accidentes, fugaces subterfugios cuyo fin es proteger la forma esencial de los ácidos nucleicos. Aún sintiendo plenamente ese instinto básico que me hace desear que todo permanezca estable a mi alrededor y aún estando plenamente convencido de que debo esforzarme para que entre todos no acabemos por destruir, poco a poco, lo que nos rodea, no puedo permanecer ciego a la banalidad de nuestros sentimientos cuando se contemplan desde la auténtica perspectiva de la Vida. Pero esto es ya filosofía.

Alpedrete, 22-IX-1998



**II Monográfico Bol.SEA
(1997):
Los Artrópodos y el
Hombre**

468 páginas, 45 artículos
P.V.P.: 3.500 pesetas.

Solicitudes:

SEA, Avda. Radio Juventud, 6;
50012 Zaragoza (España).
Tef. 976-324415/ Fax. 976-535697
Email: amelic@interplanet.es